



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

T.I.F.

-Ensayo-

**“EL LENGUAJE INFANTIL EN LA CLÍNICA
PSICOANALÍTICA LACANIANA CON
NIÑOS”**

Autora: Jessica Mac Guire

Legajo: M-2803/7

Docente responsable: Prof. Ps. Jorge Faccendini

Año: 2019

Índice

Introducción.....	3
Freudlacan o Freud – Lacan.....	3
Desarrollo.....	9
La Psicología y sus definiciones acerca del lenguaje infantil.....	9
Los discursos.....	13
Lo infantil y la infancia.....	14
El lenguaje infantil. Metáfora y metonimia.....	14
A modo de conclusión.....	20
Referencias bibliográficas.....	21

Introducción.

Mirar atrás y dar cuenta de un recorrido.

El propósito perseguido en estas páginas será el de dar cuenta de un posicionamiento. De una construcción, un trabajo, no sin tropiezos ni rodeos, en este paso por la carrera de Psicología.

En el transcurso de este trayecto, el Psicoanálisis emergió como un discurso imposible de eludir, hubo un antes y un después, y allí nos sumergimos. Nos vimos tomados por él, se fue sucediendo la apropiación de sus postulados en el mismo movimiento en que se desarmaban en preguntas para volver a reformularlos. En ese vaivén que vive en la misma fibra discursiva del Psicoanálisis, se delineó un sueño, mucho más que un título universitario: alcanzar la posición de analizante y ojalá... analista.

Psicoanálisis que no es sin Freud ni Lacan. Fundadores discursivos, Freud padre y Lacan que es otro pero no es uno más. Siendo quien justamente llevó a cabo la operación del “retorno a Freud”, planteada en 1951 y reafirmada en 1955. Nos detendremos en este punto a fin de desplegar esta serie de argumentos introductorios al tema del ensayo del Trabajo Integrador Final.

Freudlacan o Freud – Lacan.

En tanto Freud se puede pensar en base a los planteos foucaultianos como un instaurador de discursividad, fundador de un nuevo discurso... podemos preguntarnos por Lacan e intentar una lectura de cuál sería su posicionamiento dentro del discurso psicoanalítico y por qué podemos sostener que no fue uno más sin trascendencia. Lo cual resulta necesario para lograr una diferenciación epistemológica, y a fin de correrlos de la tranquilizadora versión complementaria de ambos. A la cual nos referimos como “Freudlacan”.

Haciendo foco entonces en la operación de retorno como fundamentalmente la aplicación de la crítica freudiana a Freud. Y desde allí, señalar el cambio paradigmático realizado por Lacan.

Comenzando por una selección de lo expuesto por Lacan en “Apertura de la sección clínica” (1964):

Simplemente, el psicoanálisis supone que estamos avisados del hecho que una equivocación siempre es de orden significante. Hay una equivocación cuando uno se confunde de significante. Un significante pertenece siempre a un orden más complicado que un simple signo (...) Al escribirse, un significante se reduce en el alcance de lo que significa (...)

¿Qué sentido dar a lo que Freud introdujo en su Traumdeutung, donde amasó su inconsciente, sino que hay palabras que se representan ahí como pueden? Debo decir que, aunque se nos haya querido hacer de Freud un escritor, la Traumdeutung es excesivamente confusa. Es incluso tan confuso que no se puede decir que sea legible. Me gustaría saber si alguien la leyó realmente de punta a punta (p. 2)

(...) y por eso me permití decir que el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje. Un psicoanalista no puede dejar de tomar en consideración a la lingüística –a la ex-sistencia del significante en la lingüística- (...) El inconsciente, pues, no es de Freud; tengo que decirlo: es de Lacan. Lo cual no quita que el campo, por su parte, sea freudiano. (...) Por tanto Freud tenía razón, pero no se puede decir que él haya aislado verdaderamente el inconsciente, que lo haya aislado como lo hago yo mediante la función que he llamado de lo simbólico, y que está indicada en la noción de significante (p. 3).

Lacan se vale del clima cultural de su época del cual forma parte, el auge del estructuralismo, del surgimiento de la Lingüística, para introducir al significante en Psicoanálisis, el cual ya no será igual al que toma De Saussure, ni podrá equivaler al representante freudiano. Asimismo, al desplegar su conocida fórmula del inconsciente estructurado como un lenguaje, abre éste a la cadena de significantes, introduce al Otro, el lenguaje queda entonces como condición de la estructura, y el inconsciente deja de ser un saber instituido o cerrado. Continúa Lacan (1964):

El psicoanálisis, como todas las otras actividades humanas, participa indiscutiblemente del abuso. Se actúa como si se supiera algo (p. 3).

Decir que la verdad está enlazada a esas especies de nudos, a esas cadenas que yo hago, explica precisamente la parte extraviada de la búsqueda, en la Traumdeutung, de lo que es verdaderamente la verdad. La verdad no carece de relación con lo que denominé lo real, pero se trata de

una relación poco sólida. La forma más clara en que se manifiesta la verdad es la mentira: no hay analizante que no mienta sin parar (...). Esto explica por qué la clínica psicoanalítica consiste en volver a cuestionar todo lo que Freud dijo. Así lo entiendo yo, y así lo pongo en práctica en mi propio bla-bla (p.4).

Se trataría entonces de volver al sentido de Freud, aplicarle su propia crítica, salir de los dichos para pasar al lugar del decir, de la enunciación. Con los efectos que esto tendrá para su práctica analítica, y las diferencias insalvables que irá definiendo respecto a sus contemporáneos. Los cuales abusan y se alejan de Freud a la vez que en él se fundamentan y legitiman, en una práctica que descansa en un trabajo de yo a yo, contrario a lo que éste creó. Donde el analizado con Lacan se vuelve analizante, toma protagonismo, en la búsqueda de su verdad. Para ello precisará realizar un giro, introducir sus propios tres, como más adelante mencionaremos con Allouch.

Prosigue Lacan (1973):

Nada les enseña, ni siquiera que Freud fuese médico y que el médico, como la enamorada, es corto de vista, y que es por lo tanto a otra parte adonde deben ir para tener su genio: especialmente para hacerse sujeto, no de un machaqueo, sino de un discurso (...)

Yo, que sería el único, si algunos no me seguían en esto, en hacerme sujeto de ese discurso, voy una vez más a demostrar por qué unos analistas se embarazan con él sin recurso (p. 582).

Pero es también este el caso de la ciencia (y Freud no lo entendía de otro modo, corto de vista) (p. 583).

Seguimos dentro de los debates del Psicoanálisis, luego de la desaparición física de Freud, especialmente con la Psicología del yo. Intentando legitimarse como herederos de Freud, pero a su vez operando ciertos recortes en sus tópicos para justificarse. Es esta misma cuestión la que viene a interpelar Lacan.

Estamos en el contexto de su expulsión (excomuniación según el mismo Lacan) de la IPA -International Psychoanalytic Association- y las posteriores Sociedades y Escuela fundadas por éste junto a otros. Asimismo, situados en el marco de otra importante discusión acerca de la legitimidad de quiénes podían ejercer el Psicoanálisis,

práctica impensada por fuera de estas instituciones oficiales. Atraviesa este largo proceso de debate y conflictos de poder la cuestión del Psicoanálisis concebido dentro de la ciencia, con una clínica acorde al modelo del discurso médico. Respecto de lo cual Freud posibilitó sentar las bases para una ruptura, pero sin renunciar del todo al anhelo del sello científico para el Psicoanálisis. Problema al cual Lacan le pone un punto final en el movimiento de concebirlo como práctica del lenguaje: discurso analítico, práctica discursiva.

De acuerdo a Lacan (1964, p.2) cuando explicita que “Pues bien: he de decir que hasta cierto punto yo he vuelto a armar lo que dice Freud. Si hablé del “retorno a Freud” es para que nos convenzamos de cuán cojo es. Y me parece que la idea de *significante explica sin embargo cómo es que eso marcha*” podemos ahora enmarcar el *retorno a Freud* en base a los postulados de Allouch (1994):

Lacan, después de Freud, estudió muy especialmente el estatus del saber en psicoanálisis (incluso llegó a decir que el saber era su problema) situando al inconsciente como *saber no sabido*, desarrollando una teoría de la transferencia en la que la figura de un *sujeto supuesto saber* es crucial, (...).

De este modo, la secuencia consecutiva “Freud, y después Lacan” nos parece más apropiada que cualquier otra a los fines de poner en relieve el tan particular estatus del saber en psicoanálisis y para aportar, por este medio, una contribución del análisis a la epistemología, al menos bajo la forma (extraña) de un problema bien planteado (p. 16).

Lacan vacía a Freud: un cierto número de evidencias del saber presentes en Freud (y, principalmente para lo que nos importa aquí el hecho de que el psicoanálisis tuviera en Freud el estatuto de una ciencia) se hallan subvertidas por Lacan (p. 17).

Lacan no fundó el psicoanálisis; tampoco refundió un paradigma inventado por Freud. Toda tentativa de armonizar a Freud con Lacan, de hacer valer en Freud equivalentes para I., S., R., si bien puede no carecer de un interés parcial, está destinado a fracasar. El ternario I.S.R., como tal, no se halla en Freud. Antes bien, la operación de Lacan con Freud puede ser pensada como la que “desliza” I.S.R. bajo los pies de Freud (esta metáfora es de Lacan). Freud, notaba Lacan, no era lacaniano. El anudamiento de I.S.R., ausente en Freud, es, entonces, también aquello que se encuentra denotado aquí por el término “lacaniano” –por lo tanto, en Lacan mismo. Es

decir, que la articulación Freud/Lacan debe situarse como una sustitución (p. 26-27) (...) la sustitución de un paradigma por otro (p. 27) (...) no es abusivo afirmar *que con I.S.R. Lacan ha dado su paradigma al psicoanálisis* (p. 24).

Siguiendo a este autor, que clarifica bastante, logramos finalmente correr ese velo místico por el cual Lacan aparece como un simple complemento o continuador de Freud. Al introducir los tres registros: *imaginario, simbólico y real*, Lacan produce una ruptura paradigmática en el Psicoanálisis, la cual a su vez es posibilitada en base a volver al sentido de Freud, a su enunciación.

Más explícito en palabras de Allouch (1993):

Al consagrarse a un retorno a Freud, un retorno que metamorfosea en “freudiano” a quien se consagra a él, Lacan efectúa un salto, cambia de registro enunciativo: *ya no se trata para él, a partir de ese momento, de sostener su decir propio, sino de decir* (en esto consiste desde ese momento su propio decir) *lo que fue el decir de Freud* (p. 262-263).

(...) A partir de entonces, el problema teórico que no cesará de trabajar ese retorno, que no cesará de ser trabajado por este retorno, será el de la articulación de Freud con S.I.R. (...) podemos pensar que una de las soluciones posibles, quizás la más inmediata al alcance del retorno a Freud, consiste en experimentar R.S.I. como lo que le falta a Freud (p. 269).

Con su conferencia, titulada “¿Qué es un autor?”, Michel Foucault procede a una presentación del “retorno a...” como hecho de discurso (...) Es porque Freud habrá sido el instaurador de una discursividad que tuvo lugar su “retorno a Freud” (p. 274).

Hay cierto tipo de autores (Foucault los llama “instauradores de una discursividad”) que han producido *más* que una obra (p. 278).

De este modo, Allouch (1994) contextualiza el trayecto de
Lacan:

El retorno a Freud no podría de ninguna manera reputarse como inaugural de la trayectoria de Lacan. Se lo situará en tercer lugar, si se cuenta como primero la puesta al desnudo de la función de la imagen del

otro con el estudio de la paranoia; luego –y a partir de allí- el compromiso de Lacan con el psicoanálisis, un compromiso que no estuvo sujeto a Freud (cada uno de sus primeros textos lo subraya) sino a la ciencia psicoanalítica.

De este modo, “retorno a Freud” se manifiesta como el nombre del apoyo que Lacan buscará en el texto freudiano *después* de inventar el ternario simbólico/imaginario/real. La invención de este paradigma que como tal no es freudiano deportaba a Lacan lejos de Freud. (...) A partir de ese momento, sí, vuelve a Freud, pero para inscribir el nuevo paradigma en psicoanálisis. El discurso analítico resulta así uno de los nombres de aquello mediante lo cual Lacan intentaba deslizar I.S.R. en Freud (p. 30-31).

En síntesis, resulta fundamental destacar de la tesis de Allouch en relación al cambio paradigmático producido por Lacan. Consistente en introducir I.S.R., sus tres registros, en el Psicoanálisis. Realizando para ello su operación de *retorno a Freud*. La cual se encuadra a razón de la teoría foucaultiana de los discursos. Entendiendo a Freud como instaurador de una discursividad. Y a Lacan, no como uno más, sino como quien vuelve al sentido de esa delimitación operada y de ese campo abierto que es el Psicoanálisis, pero para inscribir el nuevo paradigma.

No se nos escapa que esta introducción conceptual del trabajo pueda resultar quizás demasiado extensa. Consideramos muy necesario su despliegue en tanto permite ubicarnos desde dónde estaremos realizando el ejercicio de lectura y escritura del tema que convoca el presente trabajo: el lenguaje infantil en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños.

Desarrollo.

El eje central del tema de este ensayo sostenido como Trabajo Integrador Final del recorrido de la carrera, dentro de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, es el lenguaje infantil en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños.

En cierto momento, de un modo inesperado e impensado, se presentó la apertura de una pregunta acerca del lugar que ocupa el lenguaje infantil en el análisis, tanto con niños como con adultos. Fue delineándose un deseo, acerca de la práctica y un trabajo en paralelo al cursado de los últimos años de la carrera obtuvo un lugar. Todo lo cual permitió arribar a un posicionamiento en relación a la práctica analítica, como práctica discursiva.

La Psicología y sus definiciones acerca del lenguaje infantil.

Tomar posición respecto a qué, y sobre qué concepciones acerca del tema presentado, demanda un recorte. El mismo se decide en relación a una ética que porta desde ya con una carga ideológica. No se tratará del mismo sujeto en todos los discursos psicológicos contemporáneos, y cada uno tiene concibe una noción propia acorde a sus postulados. En las antípodas de la Psicología está el Psicoanálisis.

Ubicamos en el discurso psicológico a un niño pensado en función de su maduración, desarrollo de sus funciones psíquicas, en el marco de las funciones cerebrales superiores y sus alteraciones o perturbaciones.

Desde esta perspectiva, el lenguaje es una función psicológica superior compleja que se adquiere por procesos de interacción social, pero que no puede pensarse sino es asentada sobre bases biológicas. Por lo tanto, siguiendo procesos de desarrollo en los que intervienen aspectos cognitivos, afectivos y lingüísticos.

Al respecto, Salsa y Taverna (2014) refieren:

Durante los primeros años de vida se produce un formidable crecimiento mental que conduce a los niños, por ejemplo, a organizar sus experiencias en categorías y a aprender su lengua materna (p.49).

Avanzar en una concepción que articule la competencia cognitiva y lingüística que los niños poseen con el entorno de sus interacciones sociales es un reto difícil. (...) Consideramos que para ello es preciso trabajar en una

visión equilibrada en la que las estructuras conceptuales de niños y adultos, el conocimiento de los adultos de la estructura conceptual de los niños, y la construcción colaborativa sean tenidos en cuenta. Para esto es necesario además redefinir los métodos de investigación, realizando estudios tanto en contextos naturales de aprendizaje como en situaciones experimentales (p. 67).

Es decir, el niño es una mente dentro de un cuerpo que crece en adquisición y dominio. Interactuando con otros pero en base a un desarrollo, susceptible de ser medido, controlado y clasificado en categorías. Donde el niño posee una estructura conceptual a la que los adultos podríamos acceder vía el conocimiento, es decir, como si aquella fuese independiente de éstos. Y el proceso una construcción en términos de colaboración; casi entre pares, de un modo limpio, sin que nadie determine a nadie.

Si existe una construcción de lo esperable, entonces de un lado hallaremos al proceso normal, y del otro lado a las patologías o perturbaciones del lenguaje. Lacan (1972/3 – 1981, p.71) es claro en este sentido, cuando al referirse al momento en que un niño comienza a hablar dice: “El desarrollo se confunde con el desarrollo del dominio”. Si refiere al dominio es porque hay algo del cuerpo en juego, de lo evolutivo del crecimiento. Entonces sitúa allí una confusión, la que venimos señalando en este discurso. En un seminario anterior ya mencionaba de modo contundente que “el gran secreto del Psicoanálisis es que no hay psicogénesis” (Lacan, 1955/6 – 1986, p. 17).

Lev Vygotski (1924/34 – 1990, p.179) refiere, acerca del desarrollo del lenguaje infantil, que los niños reciben los signos del lenguaje de la gente que los rodea. Siendo explícito en cuanto a su función social. Apuntando al sesgo con el cual interrogamos su obra, encontramos la siguiente descripción de esa recepción de parte del niño:

En el niño, que recibe la palabra concreta de nosotros, se establece una conexión directa entre la palabra dada y el objeto correspondiente. Esa conexión o reflejo condicionado se origina en el niño por vía natural, ya que el niño no descubre ningún signo nuevo y utiliza la palabra como signo del objeto dado (p.180).

Resulta interesante retener esto de la “vía natural” porque retorna en el discurso de la Psicología con la cual sostenemos el contrapunto.

Con Vygotski entonces se presenta un desarrollo en el niño que es con los otros, en tanto afirma que los procesos psicológicos superiores se originan en procesos sociales. Y que primero tendría lugar lo interpsicológico antes que lo intrapsicológico (1924/34 – 1978, p. 94). Transcurriendo en una zona a la cual denominó *Zona de desarrollo próximo*, que consiste a su vez en una operación de mensura específica. Se trata de medir la distancia entre dos niveles: el desarrollo real del niño y el desarrollo potencial. Siendo el primero el nivel donde el niño resolvería un problema de modo independiente y el segundo acompañado por sus otros más cercanos. Deja presentando así, el modo en que se produce la internalización de las funciones psicológicas superiores, como resultado de una relación entre el aprendizaje y el desarrollo (Vygotski, 1924/34 – 1978, pp. 133 a 139).

Así como traemos a Lev Vygotski, en una selección de pensadores del tema absolutamente arbitraria con el propósito de citar algunos ejemplos, no podemos dejar de tomar la referencia de Jean Piaget.

Dentro de su obra, Piaget no otorga un papel central al lenguaje. En su edificio teórico, éste es parte de una función más general denominada *función semiótica*, la cual abarca también al juego simbólico y el dibujo, entre otras formas de representación.

El desarrollo mental del niño, para este pensador, es un marchar hacia el equilibrio. Tiene un comienzo y un fin, siendo “comparable al crecimiento orgánico”. Define al desarrollo en términos de una “progresiva equilibración” (Piaget, 1964 – 1985, p. 11). Se lo suele mencionar en oposición a Vygotski en cuanto a que la concepción de niño que arma es apelando a uno activo pero solo, sin resaltar las relaciones sociales en las que se halla inscripto, fundamentales en el autor ruso. De todos modos, desde nuestro recorte los ubicamos a ambos en el mismo discurso con un sujeto que básicamente está concebido desde el conocimiento consciente.

En cuanto al punto de vista psicofisiológico, se concibe el lenguaje como una función cerebral superior. Es decir, parte de las funciones mentales superiores, propias del hombre, como actividad consciente mediatizada por los signos. El desarrollo en el niño hace intervenir por un lado a la maduración biológica y por el otro, procesos de aprendizaje fisiológicos (Lara, B., 2005, p.168). Siendo el cerebro el órgano fundamental interviniente. Desde aquí, desde las bases biológicas, se despliega que el lenguaje como función psíquica superior de representación y cognición, permite la

constitución subjetiva, constituyendo en sí mismo un hecho social para la comunicación (Lara, B., 2005, p.170).

J. E. Azcoága es un referente a quien mencionar dentro de esta mirada del tema que venimos situando: la de corte psicofisiológico. Realiza un detalle de la ontogenia del lenguaje como proceso de carácter biológico. Enumera etapas sucesivas que van a ir una tras otra describiendo las adquisiciones de los recursos comunicativos del niño. El desarrollo es por lo tanto evolutivo y las etapas apuntan a la comunicación (1984, p.24).

La estructura y desarrollo del lenguaje se piensa en coincidencia con la estructura y desarrollo del cerebro. Específicamente, de la proliferación de ciertas neuronas de tipo II, estrelladas y granulosas. En relación al aumento de conexiones de las mismas dentro de la corteza cerebral específicamente. (Jacobson, M., 1982, pp. 105-106). En la actualidad, toda esta temática se vincula a la denominada *plasticidad neuronal*, o capacidad de proliferación de las mismas y transformación a través de las experiencias de intercambio con el medio ambiente de parte del ser humano. Especialmente en el niño, a quien se ubica como más plástico que el adulto.

Esteban Levin en “La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica” (2010) postula una *plasticidad simbólica* que acompañaría en paralelo este funcionamiento plástico del cerebro.

La plasticidad neuronal del recién nacido se encuentra atravesada y anudada por la plasticidad simbólica que es efecto de la relación con el campo del Otro. Cuando esta primera relación falla o no se instala con la intensidad necesaria, la plasticidad simbólica no se produce, de lo cual puede inferirse que la plasticidad neuronal perdería “tenacidad” o “firmeza” (p.49).

Traemos este autor contemporáneo a modo de ejemplo de ciertos diseños teóricos influenciados por algunos conceptos del Psicoanálisis lacaniano (el Otro, lo simbólico), que pueden encontrarse en los primeros años de la enseñanza de Lacan.

Hacia donde se dirige este último lineamiento teórico es a presentar un paralelismo entre los desarrollos: el de corte biológico y otro que denominan como *emocional*. En referencia a la interacción entre la madre y el niño, la cual originaría una

matriz comunicacional, fundando una situación dialógica donde se producirá la adquisición del lenguaje. En términos de comunicación, de intercambio e interacción.

En el seminario dictado por Lacan entre los años 1972 y 1973 (publicado en 1981 como El Seminario Libro 20 “Aún”) afirma en función de lo que venimos describiendo: “que el lenguaje no es sólo comunicación, es un hecho que se impone a través del discurso analítico”.

Los discursos.

Resulta fundamental ubicar discursivamente este despliegue de postulados. Estamos cabalgando entre el discurso del Aprendizaje y del Conocimiento. Lejos del Saber.

Para poder realizar este ordenamiento discursivo, nos valemos del ternario que introduce José Luis Comas en “Aprendizaje, conocimiento y Saber. Apuntes para una genealogía del discurso psicológico contemporáneo” (2003), situando en las líneas que siguen un breve comentario de lo que allí se desarrolla en extenso.

Dentro del *Aprendizaje* se puede pensar incluido al Conductismo y sus condicionamientos, junto al moldeamiento de la conducta. Pensar al lenguaje en este discurso es apelar a un sujeto como cuerpo, reducido al dato biológico.

Con el *Conocimiento*, estamos en el terreno del procesamiento de la información, haciendo foco en la conciencia y en la mente, es el ámbito del cognitivismo. El sujeto contruido por este discurso es un agente cognoscitivo que procesa información y se comunica. Junto al lenguaje existe la comunicación y no lógica del malentendido.

En el terreno del *Saber* se produce el inconsciente, el saber no se aprende ni se conoce: se transmite. Es saber no sabido. Claramente, estamos ante el discurso psicoanalítico. El inconsciente está estructurado como un lenguaje y el sujeto es el sujeto del inconsciente.

El cuerpo aprende. La conciencia conoce. El inconsciente sabe. (Comas, J. L., 2003).

Lo importante de realizar estos discernimientos estriba en que nos permite establecer diferencias. Así, Peusner (2006, p. 131) dice: “Lacan sitúa que en Psicología sólo se aborda la relación entre el niño en tanto sujeto y el lenguaje desde la perspectiva educativa. Es decir, cómo el niño aprende a hablar”.

Desde la mirada a la que adherimos, poder pensar que de lo que se trata es:

De la sujeción del niño por el lenguaje, es decir, el modo en que el niño es tomado, capturado por el lenguaje, incluso mucho antes de poder aprenderlo. Nosotros, en tanto que analistas, trabajamos en este nivel: investigamos acerca de cómo se produjo la sujeción, cómo el lenguaje atrapó a este niño (Peusner, P., 2006, p. 132).

Lo infantil y la infancia.

Posicionarse requiere establecer diferencias conceptuales, y en esa ruta seguimos. Resulta necesario especificar que *la infancia*:

(...) remite a un momento del desarrollo del niño, mientras que lo infantil es el nombre de la imposibilidad de cumplir el ideal de una sexualidad adulta (genital y en vistas a la reproducción). Ambos términos aparecen en el discurso de nuestros analizantes, niños o adultos (Peusner, P., Lutereau, L., 2013, p. 37).

Lo infantil que aparece como imposibilidad, como aquello que no puede decirse con el yo de forma directa.

Vamos contorneando el problema. Lo siguiente consiste en cuestionar algunas categorías en relación al lenguaje infantil, interrogando la categoría de *niño* y su relación con la palabra.

El lenguaje infantil. Metáfora y metonimia.

Niño no puede ser concebido como tal para el Psicoanálisis, dado que no se lo puede definir respecto al compromiso con la palabra. Peusner (2006):

¿Cómo pensar un análisis con niños si su propia palabra no los compromete? Lacan afirma que en la dialéctica del adulto se trata de poder articular el sujeto a sus contradicciones, también hacerle firmar lo que dijo (es decir, que asuma su responsabilidad) y, finalmente, comprometer su palabra en una dialéctica, lo que equivale a que acepte la instancia de la

interlocución y por lo tanto su respuesta se adecua a la pregunta que recibe del otro (...) En el caso del lenguaje infantil, en cambio, lo que se dice no compromete. Ahora bien, esta característica que Lacan ubica con tanta claridad...¿es un déficit del lenguaje infantil? ¿Es un problema? (p.45).

En *lo infantil* como concepto, la noción central es la falta de represión y de la metaforización (Lévy, 2008). El orden simbólico se constituye en un devenir, no en un solo momento como se supone desde alguna lectura.

Entonces, se justifica como concepto si lo limitamos en relación con lo reprimido, y se sostiene en la operatoria metonímica. Esta es la apuesta de Lévy (2008), diferenciando esta noción *-lo infantil-* de la de niño, así como de la de infans. Es un recorte en la infancia entendida en sentido amplio y del infans en sentido estricto (no adquisición del lenguaje):

Pero “lo infantil” es un concepto de contorno irregular puesto que se define por su momento de construcción en el orden de la represión o, más exactamente, por la constatación de que aún no se ha constituido la represión completamente. Así pues, es un todo fragmentario por el hecho mismo de su especificidad. No puede ser entendido de otro modo que tomado en la historia del sujeto del inconsciente de un ser hablante (p.20).

Lo importante de este recorte, no tiene que ver con una edad mental o un grado de madurez del niño, sino con sus síntomas. Con las consecuencias sintomáticas de la no constitución de la represión -en términos del autor- En este punto, podrá desplegar su planteo del síntoma del niño como *sinthome* de los padres, por lo tanto no es sin ellos a la hora de pensar un análisis. Ese eslabón suplementario dirá, que viene a reparar como función una falla de uno de ellos o de la pareja parental (Lévy, 2008).

Una lectura que implica un posicionamiento en el Psicoanálisis mismo, de allí la relevancia de plantear estas cuestiones, porque como bien aclara Peusner (2008):

Y puesto que todavía hoy es posible encontrar en los textos de los psicoanalistas contemporáneos la idea de que “el sujeto es el niño” y que por eso “los padres deben mantenerse por fuera del espacio de trabajo

clínico”, mi propuesta de considerar que el niño puede formar parte del sistema en carácter de agente del sufrimiento, habilita la posibilidad del trabajo con los padres, legitimando –en cierto sentido– todo lo que ellos puedan decir del modo en que sufren a consecuencia del lugar que sus hijos ocupan en la estructura familiar (p.110).

Incluso apuesta a una constelación familiar, más allá de la pareja parental. Entonces, comenta el mismo autor (Peusner, 2008):

(...) propuse tener en cuenta el significante que a menudo utiliza Lacan para hablar de niños y padres: *les parents*. Porque si bien en el francés coloquial *les parents* son ‘los padres’...¿quién podría asegurar que Lacan hablaba siempre en francés coloquial? *Les parents* son también ‘los parientes’; o sea, aquellos miembros de la familia con los que mantenemos lazos simbólicos y no de sangre. Creo que el equívoco nos viene bien, sobre todo hoy en día, puesto que en el trabajo clínico nos encontramos con diversos formatos de composición familiar no necesariamente organizados por los lazos de sangre. Así, ya no nos genera problemas, por ejemplo, la inclusión en las entrevistas del “marido de la madre” o de la “nueva pareja del padre”, y decrece un poco la tensión al enfrentar casos de niños adoptados. Todos pueden aportar acerca del asunto, cada uno desde su posición subjetiva (p.110).

También la encontramos puntualizada en su obra del 2010 “El dispositivo de presencia de padres y parientes”, a esta amplia acepción de *les parents* que se ubica más allá del linaje vía lo sanguíneo (Peusner, 2010, p. 14). Planteo que luego el autor desarrolla extensamente en dicho texto, en función de cómo son susceptibles de ser incluidos aquellos en la clínica con niños, de un modo muy necesario y justificado conforme al dispositivo sostenido.

Por lo tanto, desde ambos planteos -es decir, tanto de Lévy como de Peusner- se puede afirmar que *los padres* (ahora en sentido extendido) son los agentes de la operación metafórica. Sigue Lévy (2008):

Los padres son parte implicada de esta operación y el modo en que para cada uno de ellos mismos, esta cuestión de la ley representada por el Nombre-del-Padre haya sido integrada o no, tendrá por efecto cierto número de consecuencias en el niño. Niño que lo volvemos a encontrar en consulta llevado, si podemos decir, por las fallas de esta cuestión del Nombre-del-Padre (p. 74).

De allí que continúe diciendo que toda consulta de un niño supone de entrada cierto tipo de confrontación con la cuestión del Nombre-del-Padre para la pareja que lo lleva. Por lo cual, desde la función paterna y volviendo al planteo del lento proceso de metaforización que se presenta en el lenguaje infantil (Lévy, 2008):

Nos ha parecido esencial, habida cuenta de esta diferenciación de categorías del padre, insistir en la idea de que “algo del padre” está ya allí antes de que la metáfora se efectúe, pero que al menos mientras no se ha efectuado, no hay represión completa en lo infantil. Del mismo modo, no es porque hay una primera simbolización que corresponde a la de la madre de su presencia-ausencia y a la metáfora del Nombre-del-Padre (...) que por ello la simbolización en lo infantil tiene lugar definitivamente. Al contrario, se constata más bien un proceso evolutivo de procesos de maduración de la metáfora, que progresivamente, conduce a lo infantil hasta la “edipización” en la que esta metáfora paterna va a servir de fundamento a una función normativa del padre en el complejo de Edipo, que marcará con la represión completa el fin del período infantil (pp. 79-80) (...) Para que haya uso de la metáfora es preciso pues que haya un proceso de represión suficientemente avanzado para que un significante sea reprimido al punto de caer debajo de la barra (p. 89).

Lo infantil funciona en la metonimia. Siguiendo a Lacan en el seminario de Las Psicosis, el autor señala que es la metonimia lo que encontramos al inicio y posibilita la metáfora (Lévy, 2008).

Ampliando estas afirmaciones respecto de las leyes de funcionamiento significativo, podemos decir con Faccendini (2017, p.33) que existe una preeminencia lógica de la metonimia respecto de la metáfora, tal como lo ubica Lacan en su armado teórico secuencial. Con la primera hay que referirse a una dimensión diacrónica,

siendo su modo de operar la combinación entre significantes. Introduciendo la cadena. Con la segunda, se trata de lo sincrónico, una dimensión de sustitución significativa. Uno por otro en su lugar. Y la diferencia fundamental que resalta Faccendini (2017, pp. 32-33) entre ambas en cuanto al plus de significación, en la metonimia esto no ocurre, queda abierto a incorporar otro significante. En cambio, en la metáfora sí contamos con un plus, la creación de un sentido nuevo. Asimismo y en consecuencia, existe una distinción a destacar en cuanto a la definición de sujeto como efecto de la cadena significativa. En la secuencia lógica, la falta en ser se introduce con la metonimia y la metáfora viene a aportarle ser a dicha falta en ser, justamente por el plus de significación que produce (Faccendini, 2017, p. 33).

Sin embargo, más allá de la relación que venimos situando entre el lenguaje infantil y la clínica con niños, señalaremos brevemente que aquél también aparece en el adulto. ¿Cómo nos encontramos con lo infantil en el discurso del adulto en el transcurso de un análisis? Podemos dar la siguiente respuesta en función del recorrido que venimos haciendo: donde falta la metaforización. Y es el Otro quien lo habilita, la posición del analista. Peusner (2006) lo aclara del siguiente modo:

Digamos que en análisis nadie “habla” lenguaje infantil, sino que el lenguaje se convierte al lenguaje infantil a través de la posición del analista. En la perspectiva lacaniana, nadie habla el lenguaje infantil cuando está solo (ni siquiera un niño); para que así ocurra, debe estar presente la instancia de un Otro dispuesto a habilitarlo (p.50) (...) Un paciente dispuesto al análisis —en realidad, un analizante— es aquel que ante la puntuación del fenómeno y a pesar de saber que no quería decir eso, acepta que eso quiere decir algo. También acepta que eso no podría haber sido dicho sin la presencia del analista, sin el “escuchaentiende”. Allí es donde se empieza a diluir la persona en el decir. Ya no importa si lo dijo, ni quién lo dijo, si él o el analista. Allí comienza a funcionar la idea del inconsciente como “discurso del Otro”, y cae el problema de la responsabilidad. También deja de importar la buena lógica, dentro de la cual eso dicho no tendría nada que ver. (p.52).

De este último párrafo citado, resaltando lo de la buena lógica que cae, se puede pensar así en este lenguaje infantil que irrumpe en el discurso —como

postulamos desde el comienzo, tanto de niños como de adultos- alejado de la lógica aristotélica, del sentido común. Peusner (2006):

Pero ¿acaso hay algo más opuesto al sentido común que el modo de decir el mundo que tienen los niños? El juego, el dibujo y el lenguaje infantil no están sometidos a tal exigencia; y algunos adultos, algunas personas que ya no son niños, logran acceder a esta posición enunciativa no sin ciertas dificultades (pero lo logran) (p.66) (...) vimos que Lacan se preguntaba por aquello que en el análisis hace participar al niño en el interior del adulto. La respuesta (...) era que eso aparecía en lo que era verbalizado de forma irruptiva. O sea que lo infantil que hay en el adulto no es la marca de que alguna vez éste ha sido niño, ni que tiene alma de niño, ni que es un jugueteón. No es eso. Lo infantil en el adulto aparece en el lenguaje y de manera irruptiva (p.72).

Por lo tanto, esta perspectiva acerca del lenguaje infantil da cuenta de que puede aparecer en el discurso de cualquier analizante, es decir, sin importar su edad biológica.

Lacan, tal como lo explica Peusner (2006), llega al extremo de indicar que es por la vía del lenguaje infantil en el adulto que el análisis puede conseguir el lenguaje ante el cual:

(...) el sujeto humano hablante asuma que no sabe lo que dice pero que lo dice, un lenguaje que haga a un lado el problema del responsable del decir y, finalmente, un lenguaje que no esté sometido a la lógica fundamentada del triple principio aristotélico. (...) Para que el lenguaje pueda considerarse así, hace falta cierta posición del analista que favorezca tales características. Digamos que en análisis nadie “habla” lenguaje infantil, sino que el lenguaje se convierte en lenguaje infantil a través de la posición del analista (p. 50) (...) La triple lógica aristotélica (fundada en los principios de identidad, no contradicción y tercero excluido) la encontramos funcionando, en cambio, en el lenguaje adulto. Dado que en este ha operado la represión y se ha organizado (p. 65).

Lo infantil, en los términos que venimos sosteniendo, refiere a un modo de hablar estructurado en la pregunta. Interrogación acerca del deseo del Otro. El Psicoanálisis concede a los niños el reconocimiento de la palabra. En tanto el analista se presta a escuchar y a responder a esa condición psíquica que llamamos “lo infantil” (Peusner, P., Lutereau, L., 2013, p. 11). Desde la perspectiva lacaniana, debe estar presente la instancia de un Otro que habilite el lenguaje infantil, dado que nadie lo habla solo ni siquiera un niño (Peusner, 2006).

A modo de conclusión.

Existen ciertos terrenos por explorar dentro del Psicoanálisis. Y varias fronteras móviles ante las cuales *el analista en ningún caso debe retroceder*. Una de ellas es la clínica con niños, como refiere Pablo Peusner (2010, p. 32) respecto de la conocida frase de Lacan.

Y por allí se mueve nuestro deseo respecto de la práctica futura.

Por lo cual, en este trabajo integrador final hicimos foco en el lenguaje infantil: aquel que respeta estrictamente la regla fundamental que Freud nos legó. Los niños asocian libremente de verdad, sin filtros, sin la represión instalada aún.

Esta posición enunciativa de lo infantil implica entonces un Otro, el analista, que habilite el movimiento.

Un analista que además conciba que de lo que se trata en el caso del lenguaje no tiene relación con la comunicación, ni con el aprendizaje, ni la educación. Sino que en la clínica lacaniana con niños el lenguaje es estructural en la constitución subjetiva, nos preexiste, antecede al niño incluso en su nacimiento. Remite a una novela familiar, a la pareja parental, a los parientes. Por lo cual podemos afirmar que, en tanto somos hablados por el Otro, la posición infantil se ubica en función de cómo el niño se ve capturado por el lenguaje. Y dicha posición se sostiene en la estructura de la pregunta.

Finalmente, podemos decir que para poder escuchar y leer algo ahí, para poder tomar decisiones en la práctica psicoanalítica lacaniana, para poder arribar a una ética, esta reflexión sobre el campo de intervención futuro resulta indispensable.

Referencias bibliográficas

- . Allouch, J. (1993) La discursividad. En Letra por letra. Cap. Federal: Edelp S.A.
- . Allouch, J. (1994) Freud, y después Lacan. Buenos Aires: Edelp S.A.
- . Azcoága, J. (1984) Los retardos del lenguaje en el niño. Buenos Aires: Paidós.
- . Comas, J. L. (2003) Aprendizaje, Conocimiento y Saber. Apuntes para una genealogía del discurso psicológico contemporáneo. Rosario: Autores Independientes Ediciones.
- . Faccendini, J. (2017) Clínica y neurosis. Fantasma. Rosario: Laborde Editor.
- . Jacobson, M. (1982) Desarrollo del cerebro en relación con el lenguaje. En: Lenneberg, E. H., Lenneberg, E. (Comps.) Fundamentos del desarrollo del lenguaje. Madrid: Alianza Universidad.
- . Lacan, J. (1955/6 – 1986) El Seminario. Libro 3. Las Psicosis. Buenos Aires: Paidós.
- . Lacan, J. (1964) Apertura de la sección clínica. Recuperado de: <http://www.ecole-lacanienne.net/bibliotheque.php?id=17>
- . Lacan, J. (1972/3 – 1981) El Seminario. Libro 20. Aún. Buenos Aires: Paidós.
- . Lacan, J. (1973 - 2012) Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos. En Otros Escritos. Buenos Aires: Paidós.
- . Lara, B. (2005) El desarrollo del lenguaje y el enriquecimiento de la vida psíquica. En: Frenqueli, R. (Comp.) Los primeros años de vida. Rosario: Homo Sapiens.
- . Levin, E. (2010). La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica. Buenos Aires: Nueva visión.
- . Lévy, R. (2008 - 2011) Lo infantil en Psicoanálisis. La construcción del síntoma en el niño. Buenos Aires: Letra Viva.
- . Peusner, P. (2006 - 2011) Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños. De la interpretación a la transferencia. Buenos Aires: Letra Viva.
- . Peusner, P. (2008) El niño y el Otro. Pertinencia de los “cuatro discursos” en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños. Buenos Aires: Letra Viva.
- . Peusner, P. (2010) El dispositivo de presencia de padres y parientes en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños. Buenos Aires: Letra Viva.
- . Peusner, P. Lutereau, L. (2013) ¿Quién le teme a lo infantil?. La formación del psicoanalista en la clínica con niños. Buenos Aires: Letra Viva.

- . Piaget, J. (1964 – 1985) Seis estudios de Psicología. Madrid: Planeta.
- . Salsa, A., Taverna, A. (2014) Cognición y lenguaje: conceptos, palabras y formación del significado en el niño en desarrollo. En Lara, B., Bereciartua, G. (Comps.) Lenguaje. Una perspectiva interdisciplinaria. Buenos Aires: Letra Viva.
- . Vygotski, L. (1924/34 -1990) Obras escogidas III. Problemas del desarrollo de la psique. Madrid: Visor.
- . Vygotski, L. (1924/34 - 1978) Los procesos psicológicos superiores. Madrid: Grijalbo.